

EL LATÍN COMO INSTRUMENTO DE ROMANIZACIÓN

THE LATIN LANGUAGE AS AN INSTRUMENT FOR ROMANIZATION

Germán Burgos Ffrench-Davis MAGÍSTER (c) EN HISTORIA
geburgos@vtr.net

RESUMEN: El propósito del presente estudio es reflexionar sobre la relación existente entre el latín y el proceso romanizador, gestado éste entre fines de la República y el Alto Imperio Romano. Gestado y no verificado, porque el fenómeno no se detiene al finalizar el Principado. Con matices distintos, prosigue hasta el siglo V de nuestra era y, hasta cierto punto, con distintos destinatarios, aun más allá. Del mismo modo, si la romanización consiste en un mecanismo de traspaso de identidad desde Roma hacia otros pueblos, la conformación de dicha identidad, antes de las conquistas de las legiones —y paralelamente a la expansión también— debiera considerarse asimismo un asunto perteneciente al objeto del presente análisis.

PALABRAS CLAVE: Latín – Romanización – Comunidad – Lengua – Cultura

ABSTRACT: The purpose of this article is to meditate about the relation between the latin and the romanization process, originated since the final stages of the Republic and until the Principate. Originated, not carried out, because the phenomenon is not entirely complete by the time the Principate is reaching to an end. Showing a changing shape, it continues until the 5th century AD and, from a certain point of view, even further with different addressees. Likewise, if we regard the romanization as a mechanism conceived for delivering the roman identity to other peoples, the formation of such identity before and simultaneously the conquests should be consider as well like an object of our attention.

KEY WORDS: Latin – Romanization – Community – Language – Culture

Introducción

Hay, al menos, dos perspectivas desde las que se puede estudiar la tarea que le cupo al latín en la romanización: como herramienta y como resultado. Como resultado, impresiona al observador por la vastedad que llegó a cubrir la comunidad latinoparlante en el Mundo Mediterráneo gobernado por Roma y, más aun, por el gran alcance de las lenguas romances, herederas de la *lingua latina*.

En efecto, correspondiendo a la extensión que alcanzó el Imperio, lenguas romances son habladas desde la balcánica Rumania, hasta las costas atlánticas de Portugal. En el hemisferio occidental, el colectivo lingüístico *latinoamericano* (nótese la denominación), se extiende entre el Río Grande y el Cabo de Hornos, si es que asumimos una postura conservadora, puesto que un viajero bien puede hacerse entender en castellano en muchos ambientes y lugares del sur de Estados Unidos. A estos espacios

habría que agregar comunidades hispanoparlantes más aisladas, como algunos cientos de miles de filipinos, los grupos saharauis y los habitantes de Guinea Ecuatorial. Finalmente, es necesario considerar el notable aporte léxico hecho por el latín a otras lenguas, como el inglés y el alemán. El castellano es hoy la tercera lengua más utilizada en el mundo y cuenta con unos cuatrocientos millones de hablantes.

La entidad del legado aquí reseñado, basta para aventurar la idea de que, junto con la tradición jurídica, la lengua es la consecuencia más perdurable de la romanización. En inglés, en efecto, *romanize* y *romanization*¹, poseen —entre otras— una acepción lingüística, en tanto se refieren al proceso de escribir o transliterar al alfabeto latino, expresiones que en el lenguaje original, utilizan un diferente método de escritura.

En cuanto a su comportamiento como herramienta, no siempre resulta fácil apreciar en qué lugar de la jerarquía debemos situar al latín, sumado a los otros medios de *hacer romano*, de *romanizar*. La municipalización del Imperio, la aplicación de la *lex* y la ubicuidad de las legiones, sin ser taxativo, son elementos claves para entender cómo Roma consiguió transformar los pueblos sometidos en ciudadanos comprometidos con el Imperio. Paralelamente, el latín hizo su contribución para suscitar un alto grado de consenso entre los provinciales, que resultó fundamental para otorgar larga vida a esa enorme realización política y social que fue el Imperio Romano.

Quedará abierto el debate en torno a cuál de todos estos mecanismos resultó más relevante a la hora de romanizar el mundo antiguo, aunque resulta claro que la lengua fue importantísima y, tal vez, la longevidad que proyecta a través de sus herederas romances puede ser esgrimida como un primer argumento, antes de entrar en el análisis que a continuación pasamos a pormenorizar.

Un Mundo Romanizado

A mediados del siglo II d. de C. —la época de mayor esplendor de Roma—, un célebre rétor, exponente de la segunda sofística, para resaltar la grandeza del Imperio Romano en un discurso pronunciado frente al Senado, lo comparaba con las grandes construcciones políticas que lo precedieron; fundamentalmente, con Persia, con el Imperio de Alejandro y con las *poleis* de la Grecia clásica, en sus alternativos períodos de hegemonía: *Puesto que no puedo mostrar de otra manera qué superiores son vuestros asuntos, los compararé con aquellos del pasado que son de menor importancia. Pues vosotros habéis hecho ver, por vuestra superioridad, que todo, hasta lo de mayor trascendencia, era una nimiedad*².

El que escribió esto, no es un demagogo romano chauvinista, deseoso de congraciarse con los senadores de turno. Es un sabio helenístico, Elio Arístides, que visitaba la capital imperial por primera vez y compuso un elogio que puede ser considerado como una de las mejores descripciones del Imperio en su instante de mayor auge.

¹ *Romanize* (*romanization*) o *romanise* (*romanisation*).

² Elio Arístides, *Discurso a Roma*, 14. El énfasis es nuestro.

Elio Arístides había nacido *ca.* 117 d. de C., en Adrian, situada en territorio del otrora reino helenístico de Pérgamo. Era ciudadano de su ciudad natal y, naturalmente, se sentía muy orgulloso de su herencia helénica. Como solía ocurrir con los miembros de las elites provinciales, este orador ostentaba, junto con su pertenencia original, la ciudadanía romana. De ahí que, además de su nombre griego, *Arístides*, haya adoptado el latino *Elio*.

Como se desprende de la cita escogida, Arístides considera que los romanos han llevado a su máxima expresión todas las artes propias del gobierno de los hombres, ensayadas anteriormente por otras potencias, sin alcanzar el mismo éxito. Llega a reconocer, incluso, que en el campo de una de las herencias más caras de la tradición griega, la *eleutheria*, los romanos han sabido ser superiores que los que les antecedieron: *Vosotros sois los únicos de todos aquellos que alguna vez han gobernado, que lo hacéis sobre hombres libres (...) Se podría decir que los hombres de hoy en día son gobernados por aquéllos que se les envían, en tanto les satisface el modo en que lo hacen ¿Cómo no van a estar estos procedimientos más allá de cualquier democracia?*³

Elio Arístides es un griego que ha comprendido que el Imperio es el único marco posible para la pervivencia pacífica de la cultura griega y, por lo tanto, debe ser aceptado de buena gana. En pocas palabras, el orador es un provincial *romanizado*.

Resulta difícil saber hasta qué punto el pueblo común de las provincias compartía este grado de conformidad con la dominación romana, pero no es descabellado suponer que haya sido progresivamente irradiado desde las elites hacia abajo. El marco general de paz y prosperidad que impuso el Imperio, además, debe haber sido percibido por todos como un excelente cambio, contrastado con el recuerdo de las frecuentes guerras que, en el pasado, habían tenido por campo de batalla, lo que ahora, bajo el *Principado*, era territorio pacificado del Imperio.

Por lo demás, el inteligente proceso de atraerse a las elites locales no era cosa novedosa. Ya en el siglo I d. de C., el emperador Claudio había defendido la iniciativa de incorporar a los provinciales a la ciudadanía y las magistraturas romanas, incluyendo el Senado.⁴

También en el siglo I de nuestra era, y para citar otro ejemplo de un vástago del mundo helenístico, que pasó de *vencido* a *convencido*, resulta ilustrativa la visión del geógrafo Estrabón. Nacido en Amasia, capital del Ponto, la suya era una distinguida familia aristocrática, que había estado al servicio de Mitrídates VI *Eupátor*, el último gran enemigo de Roma en el Oriente, de modo que sus ascendientes sufrieron personalmente los rigores de una guerra romana de conquista. Pero aun así, el sabio de Amasia puso sus conocimientos al servicio de la administración imperial, convencido de que ésta era sinónimo de civilización y de continuidad para la tradición cultural helenística.

A Estrabón le interesan los espacios *habitados*, como objeto de estudio geográfico, es decir, aquellos que, por efecto de la urbanización, recibían el saludable influjo grecorromano: *Lo que nosotros deseamos conocer son precisamente aquellas regiones en las que*

³ *Ibíd.*, 36-38.

⁴ Cfr. Bancalari Molina, Alejandro; *Coexistencia o Enfrentamiento Entre el Derecho Romano y los Derechos Locales de las Provincias*, *Revista de Estudios Histórico-Jurídicos*, vol. XXVI, Valparaíso, 2004, pág. 27.

existe una mayor tradición de hazañas, de regímenes políticos, de técnicas y de todo lo demás que contribuye a la sabiduría, así como nuestras necesidades nos conducen hacia aquellos países accesibles al intercambio y las relaciones, y éstos son los que están habitados y sobre todo los que están bien habitados. En todo ello, como decía, Mar Nuestro tiene una gran superioridad y por él, pues, hay que empezar nuestra descripción⁵.

Y esta ciencia geográfica está pensada para servir al hombre público, al administrador, al magistrado o al comandante militar del Imperio.⁶ A lo largo de toda su obra se percibe una jerarquización de los espacios geográficos: en un extremo, sitúa las áreas deshabitadas y aquéllas que ocupan hombres que viven como bárbaros; en el otro extremo, hállanse los centros urbanos, *bien habitados*, que irradian la cultura clásica atesorada e incrementada por Roma.

Con estos ejemplos, queda claro que el proceso de romanización no era una idea novedosa en el siglo II d. de C. y, como fenómeno, se la puede hacer remontar a las formas que adquirieron las relaciones entre Roma y sus primeros conquistados, los *socii populi romani* de la península itálica, que quedan firmemente integrados después de la *Guerra Social* de comienzos del siglo I a. de C.⁷.

Dos siglos más tarde, bajo los Antoninos, el grado de consenso en torno a lo beneficioso del Imperio —al menos entre las elites provinciales, según lo que nos consta— es tan alto como para que dos conspicuos vástagos de la gloriosa herencia griega clásica y helenística, hidalgamente se inclinaran ante la grandeza de lo construido y conservado por la Roma imperial.

El Latín al Servicio de la Romanización

Ahora bien, ¿cómo operaba esta romanización? ¿Cómo se verificaba este proceso de atraerse a las elites locales y modelar los espacios provinciales de acuerdo a lo que ya, en el siglo II de nuestra era, podemos denominar cultura grecorromana? Y más específicamente, ¿qué rol le cupo a la *lingua latina* en todo esto?

Ante todo, la tarea romanizadora del latín hubo de tener un sentido práctico. Las sociedades absorbidas por Roma debían servirse del lenguaje del conquistador para interactuar con la administración. Desde el momento de la conquista romana, pues, las provincias se convertían en ambientes bilingües, aunque con el tiempo, cuando menos en algunas de ellas, el latín pasaría a convertirse en el factor dominante, aunque siempre incorporando aportes recíprocos de elementos lingüísticos locales.

El primer influjo romanizador, como quedó dicho, era dirigido conscientemente a las elites. En lo relativo a la utilización del latín, como dispositivo integrador específico, ocurría lo mismo. Fue una feliz coincidencia que entre el nacimiento de Cicerón y la

⁵ *Geografía*, II, 5, 18.

⁶ Cfr. *Geografía*, I, 1, 16.

⁷ Sobre este asunto en general, cfr. Bancalari Molina, Alejandro; *Los Aliados y la Ciudadanía Romana*, *Revista de Historia Universal*, Pontificia Universidad Católica de Chile, núm. 9, 1988, págs. 7-22.

muerte de Augusto se verificaran las mayores conquistas militares y, al mismo tiempo, se desarrollara la edad de oro de las letras latinas.

Las poblaciones así incorporadas tuvieron ante sus ojos el gran desarrollo literario, artístico y cultural de Roma. Con esto en mente, es probable que las provincias de Occidente hayan resultado más dóciles al influjo civilizador romano, si se las compara con el Oriente, donde el legado helenístico no fue reemplazado totalmente por la influencia romana y coexistió con la misma hasta bien entrada la Era Cristiana y más allá. No obstante, los testimonios citados de Estrabón y Arístides comprueban que tuvo que ser igualmente muy profunda.

Así, las elites del Imperio, sabiamente atraídas por Roma, se sirvieron del latín para configurar una cultura literaria común, que las unió con el centro imperial y las integró como estamento dominante, en igualdad de condiciones que la aristocracia romana e italiana. Keith Hopkins escribe: “Los representantes de una elite culta o quienes aspiraban a serlo, citaban fragmentos de los autores en boga para demostrar su pertenencia al grupo. La elaboración de esta cultura literaria común contribuyó a reforzar la cohesión de la elite política a lo largo de todo el Mediterráneo (...) La educación constituyó un elemento unificador de naturaleza simbólica, para una clase dominante despolitizada”⁸.

En menor medida, la escritura era un privilegio que también compartían las capas medias y bajas de la sociedad. Especialmente en el Oriente, la profundización de la alfabetización que operó la conquista romana, encontró un terreno bien abonado por la longeva tradición cultural egipcia y helenística. El Occidente, que no podía ostentar la misma prosapia, igualmente debe haber recibido un fuerte impulso en términos de alfabetizar la sociedad, a medida que las conquistas militares se consolidaban y el aparato administrativo se volvía más estable y sofisticado.

En relación con lo anterior, no debe perderse de vista el hecho de que tras el *gladio*, siempre llegaba la *lex*. Aunque no está del todo resuelto el debate en torno a la interacción del derecho romano con los derechos locales y la supervivencia de éstos, es claro que con el tiempo tienen que haberse ido uniformando al amparo del ordenamiento jurídico romano. A medida que aumentaba el control del gobierno central, un derecho tan atento a las formalidades, como era el romano, tuvo que obligar a los agentes económicos a familiarizarse con la escrituración de los diversos actos jurídicos que, desde luego, quedaban atestiguados en el idioma administrativo del Imperio, que era el latín⁹.

Si la creación de una cultura literaria y la imposición del latín como idioma administrativo, obligaban a los habitantes de las provincias a integrarse en la cultura romana mediante su lengua, su otro gran vehículo de transmisión fue el ejército.

De por sí, las legiones pueden ser consideradas como uno de los más fuertes mecanismos de romanización. Son muchas las ciudades europeas que nacieron alrededor

⁸ Hopkins, Keith; *La Romanización: Asimilación, Cambio y Resistencia*, en *La Romanización en Occidente*; Blázquez, José María y Alvar, Jaime (eds.); Akal, Madrid, 1999, pág. 40.

⁹ Cfr. Hopkins, Keith; ob. cit. Sobre la interacción entre el derecho romano y los ordenamientos jurídicos locales, cfr. Bancalari Molina, Alejandro; *Coexistencia o Enfrentamiento Entre el Derecho Romano y los Derechos Locales de las Provincias*, *Revista de Estudios Histórico-Jurídicos*, vol. XXVI, Valparaíso, 2004, págs. 25-39.

de campamentos militares: Córdoba, Maguncia, Viena, Londres, Estrasburgo, Budapest, etc. Esta fundación espontánea de ciudades, iba acompañada de un empeño general de urbanización y municipalización, dirigido desde Roma, que tendía a aplicar el ordenamiento municipal fuera de Italia, concediendo luego la ciudadanía romana a ciertos territorios que, así, se transformaban en colonias o municipios.

Como fieles exponentes del *populus romano*, los legionarios se integraban con las poblaciones provinciales y, al traspasar el uso del latín, amalgamaban su cultura y costumbres con aquéllas de los pueblos sometidos al Imperio. Por lo demás, el mismo ingreso al ejército era un factor romanizador, desde el momento en que los legionarios y los auxiliares enrolados, recibían automáticamente la *civitas* al licenciarse. Escribe Bancalari: “El latín —lengua de los intelectuales y administradores— era, por sobre todo, la lengua de los legionarios (...) Debemos entender que, con la lengua, se propagaba el espíritu, el pensamiento, el alma de la misma Roma, que constituye la fuerza más viva de la unidad imperial”¹⁰.

Por supuesto, la relación entre *romanizadores* y *romanizados* fue recíproca. La cultura, el derecho, la vida urbana y el ejército romano, se enriquecieron con aportes provinciales, hasta dar vida a formas novedosas. Y es en la lengua, a través de las muchas herederas del latín, donde hallamos el mejor y más longevo ejemplo de esto, someramente expuesto en la introducción de este estudio.

Y es que lo que hizo la romanización fue conformar una *communitas*; paulatinamente, el Imperio Romano se fue convirtiendo en *Romania*. Aun en su hora de desintegración política, los ciudadanos del Imperio —como ha escrito Joseph Vogt— “se consideraban romanos en su atuendo y vivencia, deportes y juegos. Pero el aspecto más fuerte de esta unidad era la lengua latina”¹¹.

A propósito de la conformación de las nacionalidades y la reflexión en torno al concepto de nación, Benedict Anderson ha destacado el papel que le cabe al lenguaje en lo que denomina *Comunidades Imaginadas*. Por cierto, la idea está pensada para definir a la nación, una entelequia que, en rigor, es hija de la Revolución Francesa de 1789. Pero a quien escribe le parece plausible aplicar el modelo a otras colectividades, incluyendo la *communitas* romana.

Desde mucho antes del surgimiento de la Roma imperial, la lengua ha sido factor esencial para aglutinar grupos y diferenciarlos de otros. Los griegos quisieron distinguirse, ante todo, por compartir un idioma común, que los separaba de los *bárbaros*, de los *balbucientes*. En efecto, el término *bárbaro* asumió una connotación peyorativa recién tras las Guerras Médicas de principios del siglo V a. de C., pero antes de dicho episodio no hacía más que llamar la atención sobre el hecho de que los griegos eran diferentes de quienes no lo eran, porque su lengua les resultaba incomprensible.

Veintitrés siglos antes de que los patriotas griegos se rebelaran contra el poder otomano, hallamos lo que bien podría considerarse como la primera noticia de pertenencia

¹⁰ Bancalari Molina, Alejandro; *El proceso de romanización en occidente: factores y consideraciones teóricas*, Atenea, Universidad de Concepción, Vol. 477, 1998, págs. 63-86.

¹¹ Vogt, Joseph; *La Decadencia de Roma. Metamorfosis de la Cultura Antigua*, Guadarrama, Madrid, 1968, pág. 305.

protonacional —usando la expresión de Hobsbawm— en la *Historia* de Heródoto, cuando enumera las características que unen a los helenos: *El mundo griego, con su identidad racial y lingüística, con su comunidad de santuarios y de sacrificios a los dioses, y con usos y costumbres similares*¹².

La identificación de un grupo como comunidad lingüística es, pues, tan antigua como Occidente. Y se ha recurrido a ella muchas otras veces y en muchos otros ámbitos. Benedict Anderson, sostiene que las comunidades se sirven de la lengua para nacer y permanecer. La Cristiandad medieval, que fue la heredera de la Romanidad y la predecesora de las modernas naciones, precisamente tenía en el latín una poderosa herramienta simbólica de la que el Imperio medieval, en cambio, nunca dispuso, más que para fines administrativos. Anderson apunta que lo que define a las comunidades cimentadas en bases religiosas es que “se concebían a sí mismas como cósmicamente centrales, por medio de una lengua sagrada, ligada a un orden de poder ultraterrenal.”¹³

En los dos primeros siglos de nuestra era, es posible que el griego haya tenido una importancia, al menos, equivalente a la del latín en la labor de predicación del Cristianismo. De hecho, buena parte del Nuevo Testamento se escribió en griego. Pero el divorcio gradual entre el mundo latino y el mundo bizantino, por un lado, y el consorcio entre la Sede de Pedro y el Imperio Occidental, por otro, convirtieron al latín en la lengua exclusiva de la Iglesia Romana.

De esta manera, ya desaparecido el Imperio de Occidente, la herencia romanizadora permaneció vigente en el medioevo a través de la lengua imperial y de la que, en sus últimos siglos, fue su religión oficial. En efecto, es posible sostener que el Cristianismo fue la última gran herramienta de romanización del mundo europeo y mediterráneo. Y el hecho de que su origen estuviera estrechamente vinculado a Judea, la provincia más rebelde del Imperio, confirma la idea ya sugerida de que la romanización consistió en un traspaso mutuo de influencias entre conquistadores y conquistados.

En los últimos siglos de existencia del Imperio de Occidente y durante la Edad Media, en una Europa donde ni siquiera la mayoría de la aristocracia era capaz de leer en latín, la influencia del alto clero, que administraba la Iglesia y se comunicaba en dicha lengua, tenía que ser necesariamente inmensa. Y no sólo por el prestigio que daba a una persona el ser bilingüe. Para estos efectos, de poco hubiera servido que los príncipes de la Iglesia hablaran una docena de lenguas vernáculas, si no manejaban el latín, porque el obispo, al “mediar entre la lengua vernácula y el latín, mediaba entre la Tierra y el Cielo”¹⁴.

La homilía y la predicación directa constituían los mecanismos esenciales de proselitismo y de la formación de los fieles, y se llevaban a cabo, desde luego, en ese latín vulgar que fue dando origen a las lenguas romances. Ya producido el desplome del Imperio, el latín dejó de ser el medio de comunicación proselitista, pero el basamento

¹² Heródoto, VIII, 144, 2. El énfasis es nuestro.

¹³ Anderson, Benedict; *Comunidades Imaginadas. Reflexiones Sobre el Origen y la Difusión del Nacionalismo*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1993, pág. 31.

¹⁴ Anderson, Benedict; ob. cit., pág. 35.

simbólico que daba existencia a la *Comunión de los Santos*, era el rito litúrgico pronunciado en latín. El campesino que asistía a misa en Baviera, el tendero que seguía una procesión en Santiago de Compostela y el aristócrata que presenciaba la coronación del Rey de Inglaterra en Londres, creían firmemente estar participando en la edificación colectiva de la *Civitate Dei*, por utilizar la expresión agustiniana. Sin esta explicación previa, pues, parecería sorprendente la siguiente afirmación: incluso tras su caída, la herencia de Roma continuaba romanizando.

Por lo demás, hasta el más humilde de los feligreses podía participar de manera más limitada en la verbalización de la comunidad cristiana, mediante las oraciones vocales en latín, aprendidas de memoria desde la niñez y con las réplicas que el pueblo debía responder en las ceremonias litúrgicas. A no olvidar que la oración más característica de la Iglesia, iniciada con el saludo arcangélico de “Dios te salve María...”, sigue llamándose *Avemaría*.

Siendo el sistema de signos lingüísticos la base de propagación y mantenimiento de cualquier comunidad, no es casual que el debilitamiento de la comunidad religiosa coincida con el declive del latín como lengua exclusiva y excluyente de la propagación de ideas escritas. Pero eso ya es materia de análisis para quien quiera adentrarse en el nacimiento del mundo moderno y de las nacionalidades y nacionalismos, cosa que escapa al propósito de este estudio¹⁵.

Con esta digresión hemos querido señalar que siempre la lengua —y, en este caso, la lengua latina— es indispensable para constituir, distinguir y conservar una comunidad que, por definición, existe sobre todo en un plano abstracto; de ahí que la expresión de *comunidades imaginadas* resulte tan feliz y flexible en su acertada simplicidad.

En efecto, elementos como el culto al emperador o la integración comercial del Mediterráneo, siendo importantes, no deben haber tenido el impacto simbólico del latín para fortalecer la *communitas* romana. Desde Siria hasta la Britannia y desde Egipto hasta Bélgica, lo que unía a los lectores de Ovidio, Tito Livio, Tácito, Séneca, Cicerón, Apiano y Marcial, era el hecho simple y a la vez crucial, de leer todos en la misma lengua, conformando así, en un plano ideal, una *como-unidad*, una *comunión*.

Lo mismo puede aplicarse al aspecto administrativo y a la presencia del ejército en las provincias, que llevaba el latín a todos los rincones del mundo conocido.

Quizás sería aventurado afirmar que el latín haya sido el factor más importante en la romanización y, en general, que el lenguaje es el elemento más distintivo de cualquier otra clase de comunidad humana, pero vistos los antecedentes aquí expuestos, parece al menos el más recurrente. Y su longevidad, en el caso de la herencia latina, queda demostrada sencillamente apreciando la lengua romance en que este investigador *latinoamericano* deja plasmadas estas líneas.

La identidad lingüística, así, es clave para agrupar a las personas y, una vez conformado el grupo, la diversidad lingüística es indispensable para diferenciar un grupo de otro: para distinguirlos a *ellos* de *nosotros*. Y en esto, el mundo romano que florecía tras

¹⁵ Sobre el declive de la comunidad cristiana europea, cimentada en la utilización del latín, cfr. Anderson, Benedict; ob. cit., págs. 30 y ss.

la seguridad del *limes* no fue la excepción, al punto de que lo *bárbaro*, seguía siendo la designación de aquello que, por estar más allá de las fortalezas fronterizas, no participaba de la civilización romana y de su elemento más característico: el latín.

Para fortalecer nuestra argumentación en un plano más general, es plausible meditar en torno a cómo la diversidad lingüística divide a un grupo humano de otro y, en general, cómo son los factores culturales los determinantes en este proceso, mucho más que los biológicos, confusamente esgrimidos bajo el amparo de esa difusa noción que es la raza.

Primero, la lengua contribuye a fijar el espacio de un grupo. Esto ocurre una vez que una colectividad ha consolidado una forma idiomática o dialectal definida, distinta de la de sus vecinos, aunque las diferencias sean sutiles. Estudios recientes de antropología genética, aplicados a la expansión de grupos etnolingüísticos en Europa, han detectado “33 barreras genéticas, que en 22 casos corresponden a barreras físicas (montañas, ríos, etc.) y casi siempre (31 casos) a barreras lingüísticas y dialectales”¹⁶.

La relación hecha en esta clase de estudios, generalmente vincula los movimientos de comunidades lingüísticas con caracteres genéticos cuyo rastro se puede seguir con relativa facilidad, como la frecuencia de los grupos sanguíneos. Las conclusiones siempre apuntan a que la diferenciación genética es muy parcial, debido a que dichas barreras son altamente permeables y difusas. Esto tiene dos consecuencias importantes.

La primera consiste en que progresivamente la antropología y la zoología han ido abandonando el concepto de raza. Los rasgos corporales externos, que son los que más llaman la atención, se sabe que responden a adaptaciones climáticas y ambientales, de manera que no sirven como criterio de identificación biológico esencial. A la larga, siguiendo criterios más seguros, las razas serían innumerables, de ahí que la diferenciación sea arbitraria y, por tanto, completamente inútil desde el punto de vista científico. Dicho sea de paso, pues, el racismo no tiene ninguna justificación biológica¹⁷.

El segundo efecto está en que resulta mucho más evidente (y útil) distinguir familias lingüísticas, que familias raciales. El énfasis en supuestas características biológicas exclusivas de un pueblo, siempre va a resultar infructuoso y es probable que hasta sea arriesgado. Hemos visto en el curso del siglo XX lo que pasa cuando se quiere definir una colectividad, a partir de su pertenencia a un determinado colectivo racial que, por ser el nuestro, siempre nos va a parecer superior al resto. Sin duda, por diferencias tan insignificantes, no valía la pena que Hitler y sus secuaces armaran tanto lío.

De manera que es la pertenencia cultural, que utiliza a la lengua como vehículo de transmisión, la que permite otorgar identidad y distinguir a una comunidad. Y es a través de nuestra lengua, hija del latín, que nuestra pertenencia a una comunidad continental, aparece más evidentemente ligada a la herencia de la latinidad clásica. Precisamente, aunque se refiere al papel del ejército romano, más que a su lengua, Vidos compara la romanización con la conquista española de América: “Podemos ilustrar mejor esta romanización, si la observamos a la luz de otra “romanización”, la de la conquista de la

¹⁶ Cavalli-Sforza, Luigi Luca; *Genes, Pueblos y Lenguas*; Crítica, Barcelona, 2000, pág. 36.

¹⁷ Cfr., en general, Cavalli-Sforza, Luigi Luca; ob. cit., págs. 11 a 40 y 137 a 171.

América Central y Meridional, que se ha desarrollado unos quince siglos más tarde y respecto a la cual estamos, naturalmente, mejor informados”¹⁸.

Mejor o peor informados, resulta claro, a la luz de la argumentación precedente, que la lengua es un fundamento de la edificación ideal de una comunidad y que, posiblemente, el mejor ejemplo de esto, haya sido el papel que tuvo el latín en la construcción y mantenimiento de esa hazaña política y social que fue el Imperio Romano.

Conclusión

La formación y pervivencia de una comunidad, encuentra en la lengua uno de sus elementos decisivos, al punto de que se puede establecer que los factores culturales son los más importantes en la agrupación de personas y en la permanencia de dichas agrupaciones. Como hemos podido observar, la relación entre el Imperio y el latín responde a este esquema. Esto queda de manifiesto cuando apreciamos la relevancia de la *lingua latina* en la construcción de la comunidad latinoparlante de la Antigüedad clásica, así como cuando damos un vistazo a la impresionante herencia lingüística del latín en que consisten las lenguas romances.

Recibido: 12 de septiembre

Aceptado: 5 de octubre

¹⁸ Vidos, Benedek; *Manual de Lingüística Románica*, Aguilar, Madrid, 1977, pág. 173.